

## LIBRO SEXTO

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL DE LAS CIENCIAS, LA LITERATURA  
Y LAS ARTES

## CAPITULO PRIMERO (1)

## LA DIFUSIÓN DEL CARTESIANISMO

I. La difusión del Cartesianismo. - II. Las ciencias. - III. La filosofía. - IV. La erudición. - V. La teología

## I.—La difusión del Cartesianismo

El hecho más saliente en la filosofía, en las ciencias, en la erudición, en la teología, en la literatura y hasta en las bellas artes, durante los treinta años últimos del reinado de Luis XIV, es la influencia del Cartesianismo.

Sin embargo, el triunfo de la doctrina y del método de Descartes no es completo y sobre todo no es oficial, y la propagación de las ideas cartesianas en la enseñanza y en los libros continúa vigilada y cohibida, en París y en provincias, por el poder civil lo mismo que por el religioso. Todavía en 1691, los profesores de filosofía de los diversos colegios de la Universidad de París, reunidos en el colegio del Cardenal Lemoine, se obligan, en un documento en forma, a cumplir «las órdenes de Su Majestad de no enseñar» las proposiciones subversivas sacadas de los «cuadernos» de curso de algunos de ellos y señaladas por el rey y por el arzobispo, por

(1) FUENTES: Textos citados en Víctor Cousin, *Fragments philosophiques* («Philosophie moderne»), t. IV y V, París, 1866; en F. Bouillier, *Histoire de la philosophie cartésienne*, 3.<sup>a</sup> ed., 2 vol.; y en Charma y Mancel, Le P. André, *Documents inédits*, P., 1857, 2 vol. De La Ville (el P. de Valois), *Les sentiments de Descartes opposés à la doctrine de l'Église et conformes aux erreurs de Calvin*, 1680, Ant. Arnauld *Œuvres*, ed. de Lausanne (obras filosóficas). El P. Daniel, *Voyage au monde de Descartes*, P., 1690. Pedro Regis, *Système de philosophie*, P., 1690, *Cours entier de philosophie selon les principes de Descartes*, 3 vol. 4.<sup>o</sup>, Amsterdam, 1691 Huet, *Censura philosophica cartésiana*, P., 1694. Bayle, *Recueil de pièces relatives à la philosophie de Descartes*. C. Perrault, *Parallèles des anciens et des modernes*, P., 1688-1697, 4 vol. *Les hommes illustres qui ont paru en France pendant le XVII<sup>e</sup> siècle*, P., 3.<sup>a</sup> ed., 1701. Fontenelle *Œuvres*, ed. de 1742, t. V.

OBRAS DE CONSULTA: Cournot, *Considérations sur la marche des idées dans les temps modernes*, t. I, P., 1872. Renouvier, *Philosophie analytique de l'histoire*, P., 1896. Liard, *Descartes*, P., 1882. F. Brunetière, *Études critiques sur l'histoire de la Littérature française*, 4.<sup>a</sup> serie, P., 1907, y *Manuel de l'histoire de la Littérature française*, 1898, y 2.<sup>a</sup> ed., 1907. A. Fouillée, *Descartes*, P., 1893. Bordas Demoulin, *Le cartésianisme*, P., 1843. Levy-Bruhl, *History of modern philosophy in France*, Chicago, 1899. *Revue de Métaphysique et de Morale*, el volumen sobre Descartes, 1896. Compayré, *Hist. des doctrines de l'Éducation en France*, P., 1881, 2 vol. Lallemand, *L'Éducation dans l'ancien Oratoire de France*, París, 1898. Dupont, *Houard de la Motte*, P., 1898.

ejemplo, las de «que es preciso desprenderse de toda clase de prejuicios y dudar de todo antes de asegurarse de algún conocimiento...; y de que, en filosofía, no hay que preocuparse por las consecuencias desagradables que para la fe puede tener un sentimiento.» Esas prescripciones y esas sumisiones se reproducen en 1704 y en 1705.

Pero ya sólo es por fórmula y por costumbre. En 1690 se consiente que se publique, después de treinta años de espera, un gran tratado de Pedro Regis, verdadera *Summa* de filosofía cartesiana, con la única condición de que el nombre de Descartes no figure en el título. No se tolera que en la cabecera de las tesis esté grabado Descartes «llevando de la mano a la Verdad y contemplando al Error derribado en el suelo;» pero no se molesta a los doctores que celebran esa victoria. Las censuras del gobierno no impiden a Boileau, historiógrafo de Su Majestad, ni a Perrault, primer oficial de la superintendencia de los edificios del rey, hacer ostentación de su Cartesianismo; ni a La Bruyere, preceptor del nieto de Condé, tributar en 1690, en la 5.<sup>a</sup> edición de los *Caracteres*, un solemne homenaje a Descartes; ni al propio «señor Canciller» reprender en 1692 al autor del *Mercurio galant* por haber impreso en sus diarios «algo contra el honor del señor Descartes.»

Prosigue, pues, en completa seguridad, la difusión del Cartesianismo. En las congregaciones más ilustradas, como el Oratorio, los benedictinos de Saint-Maur y los canónigos de Santa Genoveva, la «nueva filosofía» camina de conserva con el Jansenismo; en el clero secular, desde 1680 a 1710, la mayoría de los curas ó prelados de corte, Bossuet, Fenelón, el P. Fleury, el P. Genest, el P. y después cardenal de Polignac, le son más ó menos favorables; y hasta entre los mismos jesuitas desfilza el veneno cartesiano á pesar de los anatemas del P. de Valois (2) y de la vigilancia de los superiores.

Y es que, en adelante, sin Descartes no es posible obtener buenos resultados de la enseñanza. La física de Descartes conquista, á pesar suyo, á los maestros que habían permanecido fieles á Aristóteles y ni aún los más rutinarios podían seguir hablando á sus alumnos del «horror al vacío» que había llegado á ser la risa de la juventud. Todos los numerosos escritores que se ocupan de la reforma de la pedagogía son cartesianos, y no sólo lo son los educadores de Port-Royal, Lancelot y

(2) Véase pág. 253.

Nicolé, sino también el P. Thomassin, el P. Fleury, don Francisco Lamy y el P. Bernardo Lamy. Y ellos son también los que recomiendan la lógica y la metafísica cartesianas, si se quiere formar en los jóvenes «un espíritu justo y un corazón recto.» Todos conspiran para reemplazar con una enseñanza de autoridad y de pura fórmula, que no encamina á los jóvenes «ni hacia la verdad ni hacia la virtud» y les atiborra de nociones de las que más tarde habrán de desprenderse para «ser gentes de bien.»

Gracias á esta propiedad que tiene «la nueva filosofía» de formar «al hombre honrado,» asegúranse su éxito y su progreso con mayor razón en la sociedad culta. Sus mismos adversarios, como por ejemplo el jesuita P. Daniel, en 1690, en su *Voyage au monde de Descartes* (*Viaje al mundo de Descartes*), conceden al Cartesianismo, no sólo la cualidad de ser claro, sino también la de encerrar una «seductora belleza.» Tiene esta filosofía para aquella sociedad, enamorada del análisis y de la razón y cuyo gusto se ha refinado con más de medio siglo de obras maestras, el atractivo que resulta de la mezcla de las concepciones grandes y nobles con la constante invocación al sentido común. A los éxitos obtenidos por el propio Descartes y por sus primeros discípulos, súmase el éxito, aún mayor quizás y más mundano, de su discípulo el P. Malebranche, cuyo sistema, «aun siendo tan intelectual y tan suelto,» según observación de Fontenelle, se propaga extraordinariamente. En la celda de aquel modesto oratoriano, que, á pesar suyo, llega á ser el filósofo de moda; en el salón de su sobrina la señora de Wailly, y en el «dormitorio» de su discípula la marquesa del Hospital, se juntan con los sabios que luego veremos (1) hombres de la clase media ilustrados, gaceteros, grandes señores como Mirón, Saurin, los duques de la Force y de Chevreuse, y mujeres ilustres como las señoritas de Aubeterre, de Verthamont y de Lilly, y las duquesas de Eperón y de Rohán. La duquesa de Maine, reina de Francia fracasada, abre al Cartesianismo y al Malebranchismo su corte artística de Sceaux.

Esta difusión, sea del método lógico y psicológico, sea de los sistemas físicos y metafísicos de Descartes, que dura hasta 1730, produce efectos que los contemporáneos perciben con bastante claridad.

El primero es esa confianza en el poder de la razón y en las ambiciones de la ciencia que infunde, no sólo la elocuencia de Descartes, sino también el espectáculo del Cosmos tal como su imaginación ha comenzado á reconstruirlo. En este estado de ánimo hay indudablemente algo de exceso ridículo, como ocurre siempre que la «alta sociedad» adopta una verdad, y así, los antecartesianos se burlan con razón de «esos jóvenes abates, caballeros, abogados y médicos que hablan á tontas y á locas de materia sutil, de glóbulos, de torbellinos, de autómatas y de fenómenos;» pero los mismos sabios no pueden menos de compartir más discretamente esa embriaguez de la ciencia conquistadora.» La Bruyere declara que la «juventud» de este universo, «que no está más que en sus comienzos,» permite creer en la posibilidad de todo.

(1) Véase más adelante.

El segundo efecto del Cartesianismo es la sumisión á esa rigurosa probidad de investigación, á esa disciplina de la duda que á los fieles de la nueva filosofía impone el primer artículo de su catecismo. También sobre este particular todo el mundo está de acuerdo; y un adversario de Descartes, el P. Daniel, enumera los servicios prestados á todos los pensadores por el autor del *Discurso del método* en los siguientes términos:

(Les ha) «abierto los ojos sobre los defectos de su manera de filosofar, (sobre) el poco cuidado que la mayor parte de ellos ponían en profundizar las materias de que trataban..., (sobre) la necesidad de formarse por sí mismos y de dar á sus discípulos ideas claras y distintas de las cosas..., (sobre) la poca reflexión que se dedicaba á la experiencia, que es la madre de la filosofía..., (sobre) la ciega dependencia con que se miraban los sentimientos ajenos.»

El mismo jesuita, en los «diálogos» de su *Viaje al mundo de Descartes*, deja decir, sin protestar, á uno de sus personajes que, «en materia de filosofía, entre gentes de bien, la libertad de conciencia es un derecho inviolable.» Y una dama de la alta sociedad, la señora de Lambert, resume en una frase altiva la idea que, hacia el 1715, se tienen formada las «gentes de bien» de esa especie de Renacimiento en el que gozosas se inician:

«Filosofar es sacudir el yugo de la opinión y de la autoridad, es referir cada cosa á sus propios principios, es devolver á la razón toda su dignidad y reintegrarla en sus derechos.»

## II.—Las ciencias (2)

Donde menos afortunada fué, aun siendo muy real, esa influencia del espíritu cartesiano fué en las ciencias, porque si nada nuevo ni original se produjo en ellas desde 1680 á 1720, debióse precisamente á la admiración que los sabios, con el público ilustrado, sentían por Descartes. Su dogmatismo, la abundancia y la seguridad, que raras veces falta, de sus soluciones; el enlace especioso de sus hipótesis, les encantaban, les intimidaban

(2) FUENTES: Además de las colecciones de Depping y de Boissile: *Divers ouvrages de mathématique et de physique par M.M. de l'Académie royale des Sciences*, París, 1693, en f.<sup>o</sup>; *Recueil d'observations faites en plusieurs voyages par ordre de S. M., pour perfectionner l'Astronomie et la géographie*, P., 1693; *Histoire et mémoires de l'Académie des Sciences et des Académiciens morts depuis ce renouvellement*, París, 1708; *Eloges des Académiciens morts depuis 1699 jusqu'en 1739*, París, 1733, 6 en las *Œuvres*, ed. 1742, t. V y VI; *Entretiens sur la pluralité des mondes*, P., 1686-1687. P. Trublet, *Mémoire pour servir à l'histoire de la vie et des ouvrages de M. de Fontenelle*, P., 1761.

OBRAS DE CONSULTA: Además de Poggendorff, Montucla, Marie, Delambre, Würtz y Hofer, véanse: Mauricio Cantor, *Vorlesungen über Geschichte der Mathematik*, III (1668-1758), Leipzig, 1898. Carus, *Hist. de la Zoologie*, trad. francesa, P., 1880. E. von Meyer, *Gesch. der Chemie*, Leipzig, 1895. J. Bertrand, *Hist. de l'Acad. des Sciences*, de 1666 á 1793, P., 1869. E. Maindron, *L'Ancienne Académie des Sciences*, 1666-1793. E. Faguet, *Le XVIII<sup>e</sup> siècle*, P., 1890. Levy Bruhl, obra citada. Laborde Milaá, *Fontenelle*, 1905. Maigrón, *Fontenelle*, P., 1905. Entre otras bibliografías de sabios provinciales, H. Brocard, *Louis de Puget, François Puget, Louis Noblot* (1671-1711), Bar-le-Duc, 1705. C. Wolf, *Hist. de l'Observatoire de Paris*, P., 1902. Cap, *Le Museum d'histoire naturelle*, P., 1856. L. Denise, *Bibliographie historique et iconographique du Jardin des Plantes*, P., 1903. E. T. Hamy, *Les anciennes ménageries royales* (*Nouv. Arch. del Museum*, 3.<sup>a</sup> serie. t. 5), 1893.

y les paralizaban, y no se decían, con Huygens y Leibniz, que la física de aquel metafísico constructor «sólo debía ser considerada como una muestra de lo que podría ahora construirse sobre las experiencias,» ó «como un ensayo de lo que pudiera decirse de verosímil» en la ciencia de la naturaleza, «no admitiendo más que principios de mecánica (1).»

En las ciencias matemáticas, limitanse, pues, á seguir el programa de los trabajos por él indicados ó sugeridos; y así proceden aun hombres que, como Parent y Filiberto de la Hire, pueden ser algo más que esos «parafrastrós» del Maestro de que habla desdeñosamente Leibniz. El marqués del Hospital comienza á iniciar á los franceses en el «nuevo modo de análisis» de los Bernouilli, de Leibniz, de Newton, que hay que añadir á la «geometría limitada» de Descartes, y en su tratado de *Analyse des infiniment petits pour l'intelligence des lignes courbes* (1696) (*Análisis de los infinitamente pequeños para la inteligencia de las líneas curvas*) expone aquel cálculo maravilloso que recientemente «ha llevado al señor Leibniz á países hasta ahora desconocidos;» aquella matemática «sorprendente» que, estudiando los aumentos infinitesimales de las magnitudes variables en su correlación con las funciones de estas magnitudes, llegaba á teoremas imprevistos, de grandes consecuencias para todas las ciencias naturales. En Astronomía, en la que Descartes, según Leibniz, no había penetrado bastante las leyes de Kepler, Juan Dominico Casini se limita á enriquecer el mapa del cielo. En Química, los descubrimientos de Lemery y de Homborg son fortuitos y confusos; y los de Dionisio Papin pasan inadvertidos en Francia. Los químicos, dice Fontenelle, no tienen otro mérito que el de «reducir su ciencia á ideas más naturales y más sencillas» y abolir «la inútil barbarie de su lenguaje.» La Física sólo avanza en materia de acústica y del estudio de la gravedad. En cuanto á la Anatomía, dificultada por los obstáculos que opone la policía á la disección de cadáveres humanos, y á la Botánica, publicanse ciertamente grandes obras con láminas (en Anatomía la de Vieussens, y en Botánica la de Tournefort); pero esas síntesis prematuras valen menos que los pequeños esfuerzos de Claudio Perrault, de Dodart, de Geffroy, de Vaillant y de Duverney, sabios mediocres, sin duda, que investigan sin orden, observan sin método y comprueban sin interpretación; pero que á lo menos coleccionan hechos, «se consagran á los experimentos» y rompen con aquellos «razonamientos generales» que, como dice Fontenelle, «sólo sirven para disfraczar la holgazanería y hablar de cosas que se ignoran.» El obscuro botánico Luis Morin lleva, durante cuarenta años, un diario meteorológico muy completo; el omnisciente é inventivo La Hire se impone modestamente la obligación de medir durante cerca de treinta años la lluvia que cae en París; Fagón, primer médico del rey, envía á Vaillant y á Danty á las costas de Normandía y de Bretaña, en busca de animales, vegetales y minerales; y Dodart, médico también del rey, admite quizás tanto como sus colegas el dogma escolástico de los

(1) Huygens, *Remarques sur la Vie de Descartes par Baillet*, en V. Cousin, *Fragm. phil.*, 5.ª ed., *Phil. mod.*, 1.ª parte, págs. 112 y sig.; Leibniz, *Lettres á Malebranche*, 13 de enero de 1679, y á Nicasio, 5 de junio de 1692, idem, 2.ª parte, págs. 20, 79 y 80.

«Cuatro humores» y de los «Nueve temperamentos,» si bien como académico, deseando estudiar el proceso de la alimentación humana, recorre á las pesadas para ver «en cuánto tiempo repara el cuerpo la evacuación de las cosas útiles.»

Fontenelle da publicidad á todos esos esfuerzos de buena voluntad en su *Histoire de la l'Académie des Sciences* (*Historia de la Academia de Ciencias*) y en sus *Éloges des Académiciens* (*Elogios de los Académicos*); reivindica los derechos de la investigación desinteresada, y se atreve á proclamar, no obstante la preferencia habitual de la gente de la alta sociedad por las ciencias físicas, más entretenidas, la superioridad de los «conocimientos relativos á los números y á las líneas,» más fructuosos para el espíritu y, por ende, para la humanidad, «aunque sólo nos llevarán á pensar justamente.» Formula, con una firmeza no exenta de valor, y afirma como fuera de toda discusión este determinismo cartesiano (2) generador indefinido de ciencia: «la naturaleza obra por virtud de reglas que no se desmienten;» y fundado en esa fijeza razonable, aconseja que «se reunan verdades de matemáticas y de física, al azar de lo que de ello pueda resultar.» Pero también insiste en que el hecho más insignificante que se ofrece á nuestros ojos es complicado y que es menester tomarse trabajo para «descomponerlo» y segregarlo de él la mezcla de las circunstancias extrañas. Y finalmente trabaja sin descanso (y coordina, desde este punto de vista, los trabajos de la Academia) por sentar las siguientes verdades: que los sistemas diariamente «destruidos y desafiados» por la naturaleza, se ven por ella perpetuamente desmentidos; que la ciencia está formada, más que de «decisiones,» de «timideces» y de «dudas;» que la razón tiene siempre demasiada prisa por «demostrar;» que el sabio debe reservar siempre «una mitad de su espíritu libre para admitir en él lo contrario de lo que él cree.» Y bajo su responsabilidad afirma, en nombre de la Academia, que «ésta se abstiene totalmente de metafísica.» De este modo se forma poco á poco en el mundo científico un «espíritu de las ciencias,» hijo de esa «nueva manera de raciocinar que ha traído Descartes y que es mucho más estimable que su misma filosofía.»

El gobierno prestaba un interés, á veces rayano en impaciencia, á esas ciencias de las cuales comprendiase que se podía esperar mucho en el porvenir.

Hacia el año 1686, Louvois opinó que la Academia de Ciencias costaba cara y que se entretenía en investigaciones de pura curiosidad descuidando los descubrimientos «útiles.» La verdad era que aquella corporación, debilitada con la ausencia de Huygens y de Roemer, trabajaba poco á consecuencia de la obligación impuesta á sus miembros de no publicar nada en su propio nombre. En 1699, el P. Bignon, sobrino del canceller Pontchartrain, llevó á cabo la reforma necesaria, publicando un nuevo reglamento que eximió á la Academia de esas «obras en común» y sólo exigía de los académicos pensionados, asociados y discípulos que «diesen cuenta» cada uno á la corporación del objeto especial por él libremente escogido. Además, estimulábase considerablemente su actividad y su asiduidad; se reglamentaban sus relaciones con los sabios de provincia y del extran-

(2) Liard, *Descartes*, pág. 126, 127, 273, 275, 292, etc.

### III. — La filosofía (1)

El Cartesianoismo se continúa en la filosofía, bien que desarrollándose, y de esta prolongación libre se desprenden algunas novedades.

El gran continuador de Descartes es un sacerdote, un religioso, el piadoso oratoriano Malebranche; pero por lo mismo que extrema los principios de aquél con la lógica rigurosa que inspira un entusiasmo sin restricción, se aparta de él y va más lejos que él. Tomando como punto de partida la doble definición del alma por sólo el pensamiento y del cuerpo por sólo la extensión, que es el fundamento de todo el edificio cartesiano, lanzase, bajo la fe del Maestro, á la conquista de las verdades cuyo hallazgo ó aclaración ha dejado este al cuidado de sus sucesores. Descartes no ha resuelto el problema de la percepción de las cosas exteriores por el espíritu humano; Malebranche lo resuelve por la *visión de Dios*, afirmando que Dios es el intermediario entre la materia y la inteligencia, que, sin él, están separadas por un abismo infranqueable. Descartes ha planteado en lógica el principio de evidencia; pero es preciso demostrar, mejor que él lo ha hecho, que todo el mundo puede aspirar y conseguir esa evidencia vigilándose á sí mismo; y este es el objeto de la *Recherche de la Vérité* (*Investigación de la Verdad*), manual de una psicología y de una lógica nuevas. Descartes, dedicado enteramente á la metafísica y á la ciencia, se ha preocupado poco de la voluntad activa; Malebranche la explica por medio de su teoría de las *leyes generales* y de las *causas ocasionales* que cree conciliar, también en Dios, la libertad humana con la fijeza imperturbable de las leyes de la naturaleza. De esta suerte el Cartesianoismo, completado, daba cuenta de toda la vida y de todo el ser. Malebranche realiza esa obra con serenidad,

pero, y se invitaba á la Academia á dar á conocer con regularidad, por medio de publicaciones periódicas y de dos sesiones públicas anuales, los resultados de su trabajo.

El público no deseaba otra cosa que conocer estos resultados y á las conferencias científicas que se daban en París acudían hasta jóvenes «que ostentaban nombres ilustres.» Duverney «ponía de moda la anatomía» y personas de la alta sociedad paseaban por los salones «piezas secas preparadas.» El austero matemático Carré daba á domicilio lecciones de matemáticas trascendentales á señoras, y éstas se atrevían á frecuentar el laboratorio de Lemery, «un subterráneo, casi un antro, alumbrado tan sólo por el resplandor de los hornillos.»

En provincias, las academias locales comenzaban á reemplazar las *odas* y los *discursos* con *memorias* científicas, y muy pronto en Burdeos Montesquieu hará admitir por la Academia el proyecto de una «*Historia física de la tierra antigua y moderna*.»

Finalmente, aunque no figuren entonces entre los sabios los nombres más notorios, la literatura, la filosofía y la historia se inclinan con significativa modestia ante ese nuevo poder de las Ciencias propiamente dichas. Bernardo Lamy dice que de ellas hay que servirse «para formarse un espíritu justo;» el P. André, el más ferviente metafísico de aquellos tiempos, no vacila en afirmar que serán siempre filósofos insuficientes los «que no hayan aprendido en las matemáticas el sentido de la verdadera demostración,» *qui nunquam ex mathematicis disciplinis gustum verae demonstrationis hauerunt*; y Daguesseau excita al futuro orador á estudiar á Descartes, no á pesar de que es geométra, sino porque es geométra. Literatos puros, como Houdar de la Motte, se precian de aliar la ciencia y el ingenio y á esto atribuye Fontenelle el progreso de las letras:

«El orden, la claridad, la precisión, la exactitud que reinan en los buenos libros de algún tiempo á esta parte, débense quizás en primer término á ese espíritu geométrico que se propaga más que nunca y que, en cierto modo, se comunica de unos á otros... Una obra de moral, de política, de crítica y tal vez de elocuencia será más bella, en igualdad de circunstancias, si está hecha por un geométra.»

En este concepto, la carrera del propio Fontenelle era simbólica de esa evolución que agitaba los espíritus.

Aquel sobrino de los Corneille, de ingenio propio y heredado, oráculo del *Mercurio galante*, conceptista experto, adocenado autor de tragedias, madrigales, idilios y óperas, abrazó de pronto, allá por el 1680, la filosofía cartesiana. Cartesiano de ideas amplias, hizo historia y crítica en los *Dialogues des Morts* (*Diálogos de los Muertos*) y en la *Histoire des Oracles* (*Historia de los Oráculos*), pero sobre todo en la *Pluralité des Mondes* (*Pluralidad de los Mundos*); vulgarizó, á favor de la más chocante hipótesis de la astronomía, los más sólidos descubrimientos de esta ciencia; y nombrado finalmente, en 1699, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias reorganizada, iniciábase en las más técnicas investigaciones de sus colegas hasta el punto de poder ser, á partir de 1704, el ponente inteligente y exacto de las mismas.

(1) FUENTES: Malebranche, *La Recherche de la Vérité*, 1674-1675, última edición, 1712. *Méditations chrétiennes*, 1683; *Entretiens sur la métaphysique*, 1684, en la edición de las *Œuvres choisies*, por J. Simón, P., 1871, 4 vol. en 12.ª; *Correspondance*, en V. Cousin, *Fragments de philosophie moderne*, t. II, y Blampignon, *Étude sur Malebranche*, París, 1861. El P. André, *Vie de Malebranche*, pub. por Ingold, 1886. Bossuet, *Lettres à un disciple du P. Malebranche*, 21 de mayo de 1687. Bayle, *Œuvres diverses*, La Haya, 1737, 4 vol. en f.º; *Dictionnaire critique*, ed. Beuchot, P., 1820, 16 vol. en 8.º; *Choix de la Correspondance inédite du P. Bayle*, pub. por E. Gigas, Copenhague y París, 1890. Desmaizeaux, *Vie de P. Bayle*, 1703 (en el t. XVI de la ed. Beuchot, del *Dictionnaire*). Mateo Marais, las cartas en *Mém. et Corresp.*, pub. por Lescure, P., 1863.

OBRAS DE CONSULTA: Sobre Malebranche: Fontenelle, *Éloge de Malebranche* F. Bouillier, obra citada, t. II. Saint-Beuve, *Port-Royal*, t. VI. Blampignon, obra citada. Charma y Mancel, obra citada. Ollé-Laprune, *La Philosophie de Malebranche*, 1870, 2 vol. en 8.º G. Lyon, *L'idéalisme en Angleterre au XVIII.º siècle*. — Sobre Bayle: Voltaire, índice de la edición Moland. P. Marsy, *Analyse de Baile*, 1755. L. Feuerbach, *Pierre Bayle, ein Betrag zur Geschichte der Philosophie und der Menschheit*, Leipzig, 1848, 2 vol. Lement, *Étude sur Bayle*, P., 1855. A. Deschamps, *La genèse du Scepticisme trudit chez Bayle*, Bruselas, Bonn y Lieja, 1878. Delvolvé, *Essai sur Bayle*, P., 1906. T. Sheell, art. en «*Bull. hist. du Protest. fr.*» julio-agosto 1908.

F. Puaux, *Les Précurseurs français de la tolérance*, P., 1881. Sayous, *Hist. de la Litt. franc. à l'étranger depuis le comm. du XVII.º siècle*, P., 1853, 2 vol. F. Brunetjere, *Études critiques*, 5.ª serie, 1907, y *Manuel de l'Histoire de la Littérature française*. E. Faguet, *Le XVIII.º siècle*, 1890, 25.ª ed., 1905. Ducros, *Les Encyclopédistes*, P., 1900.

convencido de que la razón no puede ser contraria á la fe.

Y sin embargo, de todos los resultados obtenidos por Malebranche siguiendo las huellas de Descartes, no hay quizás uno solo que pueda ser presentado como indirectamente destructor, sea de la teología católica, sea del propio espiritualismo (1). No era tarea fácil conciliar una religión que, desde su base histórica á su cumbre metafísica, invoca lo sobrenatural y el misterio, con la teoría de Malebranche de que «cuantos menos milagros hay, más glorificado está Dios,» y de que «es labor piadosa procurar disminuir el milagro,» explicándolo de una manera racional por causas naturales. Era difícil no ver el germen de un escepticismo absoluto en la opinión de Malebranche de que «no son las cosas las que percibimos, sino sus imágenes,» y de que «es imposible una demostración de la existencia del mundo real. A los ojos del espiritualismo de aquel entonces era una afirmación muy favorable al materialismo buscar en «las huellas impresas en nuestros cerebros por los espíritus animales» la explicación, no sólo de muchas ilusiones y de muchos errores, sino también de toda la vida intelectual, de la memoria, de la asociación de ideas, del hábito. De igual manera el autor de la *Investigación* parecía caer en el panteísmo cuando declaraba que los cuerpos participan de «la extensión inteligible,» que la «substancia de Dios» es de mil modos «participable,» y que fuera de la acción divina «no existe ninguna acción real.» Y finalmente, en la teoría malebranchista de las «leyes generales» peligraba, no sólo la concepción de un Dios personal, sino también la misma existencia de Dios; pues al confesar que el Ser supremo prevé el mal («sin tener, como observaba Arnauld, ni el medio, ni siquiera la voluntad de evitarlo;» que ejecuta las cosas sin ordenarlas, ó que solamente ejecuta ciertas grandes cosas dignas de él, en tanto que los hechos particulares se arreglan como pueden,» Malebranche acaso engrandecía especulativamente á la divinidad, pero á los ojos de las gentes sencillas la empequeñecía é inducía á los incrédulos á considerar superfluo á un Dios tan privado de atribuciones.

Pero de todas las proposiciones mal sonantes que las censuras podían espigar en las obras de Malebranche, las más graves eran quizás aquellas en que proclamaba como cosa en lo sucesivo indudable que «no hay que dar nunca consentimiento más que á las ideas bastante evidentemente ciertas, para que no sea posible negárselo sin sentir una pena interior y secretos reproches de la razón;» que «la libertad de filosofar ó de raciocinar sobre las nociones comunes, no puede ser arrebatada á los hombres,» para quienes constituye «un derecho tan natural como el de respirar.» Ciertamente que, de cuando en cuando, se acordaba de exceptuar de esa autonomía suprema de la razón á la religión y á la teología; mas no tardaba en desmentirse á sí mismo, declarando que, hasta en materias de religión, es ridículo «pretender» limitar el uso de la razón y «desprenderse de ella á capricho como se quita uno un traje de gala.» Aquel sacerdote cartesiano formulaba más claramente

(1) *A plerisque christiana religionis decretis aliena est hoc philosophia, etsi magnum pro se fert studium pietatis.* Huet, *Censura philosophiæ cartesianæ*, 1694, pág. 214.

aún que Descartes la declaración de los derechos de la naciente libertad de pensar.

Bayle se encargaba, en aquel mismo tiempo y muy conscientemente, de demostrar los terribles efectos de tales derechos; y en este terreno, aquel protestante oscuro, expulsado de Francia por la persecución, profesor y luego gacetero en Rotterdam, realiza por sí sólo la obra de toda una secta y, en veinticinco años, la obra de un siglo.

También él procede ó, por lo menos, se aprovecha de Descartes; pero cartesiano sólo en parte, atrevese desde un principio á no ver en aquél más que á uno de esos «hacedores de conjeturas» á quienes se debe poder «seguir y abandonar, según el entretenimiento de espíritu que se busca.» La duda es su pendiente original, y la propaganda de la duda será su primera tarea.

Esta tarea la empieza en 1682 con sus *Lettres à un docteur de Sorbonne sur les Comètes* (2) (*Cartas à un doctor de la Sorbona sobre los Cometas*), alegato, en apariencia inocente, contra la superstición popular que atribuía á los fenómenos astronómicos la propiedad de producir ó presagiar grandes males. Nunca como en ese libro se había atacado la superstición olvidando más deliberadamente que éstaes, según dice José de Maistre, «una obra avanzada» de la fortaleza religiosa. Aquel campeón de la religión sensata aducía, para defenderla, argumentos muy sospechosos: «afirmar que los cometas son un signo de la cólera celeste es afirmar que Dios fomenta la idolatría para impedir el ateísmo;» ahora bien, decía: ¿se tiene la seguridad de que la una valga más que el otro? Y apoyándose en la historia, demostraba que esta seguridad absoluta no existe.

Porque su originalidad estribaba en juntar á su dialéctica mucha historia. El escepticismo se revestía en él de erudición y esta erudición hacíase periodista. Bayle funda en 1684 las *Nouvelles de la République des Lettres* (*Noticias de la República de las Letras*) para que sea el *Journal des savants* (*Diario de los sabios*) del Refugio protestante; pero no se contenta, ni mucho menos, con el modesto papel de «ponente de todas las obras de la inteligencia,» sino que, inquisidor malicioso así de las contradicciones de los contemporáneos como de las incertidumbres de la historia, ocupase más bien en subrayar, y si á mano viene exagerar, los «conflictos» de los teólogos, de los filósofos y de los historiadores, y se siente dichoso cuando pone en lucha á Arnauld con Malebranche ó á Mazeray con de Thon, y sobre todo cuando astutamente deduce de una obra ortodoxa la prueba involuntaria de una tesis incrédula.

Además, esa duda filosófica, documentada y vulgarizadora, desciende á la polémica de actualidad para demostrar en ella sus beneficios prácticos. Si las ideas son de tal modo diversas y aun contrarias en hombres de igual autoridad; si todos los hechos son discutibles, oscuros, ¿por qué obran los hombres como si estuviesen seguros de su certeza? ¿Por qué esa intolerancia imperiosa especialmente en materia de religión? Esa intolerancia es tan irracional como bárbara y Bayle la combate cada vez con mayor energía: en la *Critique de*

(2) Tercera edición, 1699; *Addition aux Pensées sur les Comètes*, 1694 y 1699; *Continuation de la misma obra*, 1704.

*l'Histoire du Calvinisme* (*Critica de la Historia del Calvinismo*) del P. jesuita Maimbourg, en la que discute la conducta de los protestantes franceses en los siglos XVI y XVII y refuta los agravios del lealismo católico; en la *Lettre sur la Conscience errante* (*Carta sobre la Conciencia extraviada*), en la que niega abiertamente la posibilidad de una «verdad absoluta y universal,» obligatoria para todos; en la *France toute catholique sous le règne de Louis le Grand* (*Francia enteramente católica durante el reinado de Luis el Grande*) (1686), en la que pone de manifiesto, al día siguiente de la Revocación, el odioso efecto que la coacción de las conciencias ha de producir así en los cristianos razonables como en las personas «que no tienen otra religión que la equidad natural;» y finalmente en el *Commentaire philosophique* (*Comentario filosófico*), de las palabras del Evangelio «*Compelle eos intrare*,» «obligales á entrar en la casa del Maestro.» En esta última obra, obra capital, no atacaba solamente la intolerancia católica, sino también la intolerancia cristiana y todo exclusivismo religioso, y glorificaba la tolerancia universal, consecuencia lógica de la universal incertidumbre. La osadía de sus conclusiones, así como el método de argumentación, espantaron antes que á nadie á los protestantes, cuya causa Bayle defendía. El *Supplement* (*Suplemento*) al *Comentario filosófico* (1688) no consiguió demostrar á los doctores escandalizados que «el derecho de los herejes á perseguir es igual,» hablando en absoluto, «al de los ortodoxos;» y el *Avis aux Réfugiés* (*Advertencia á los Refugiados*), en la que Bayle colaboró con su discípulo Daniel de Larroque (1690), logró aún menos, bajo una forma cruelmente irónica, convencer á los calvinistas franceses de que con razón se les podría tratar de inconsecuentes si en política no adoptaban resueltamente el «espíritu republicano» que se les imputaba y en religión el espíritu del libre pensamiento que hubiera debido ser, según él, el de la Reforma (1).

Esta invitación al protestantismo á entrar en una nueva senda era prematura. En sus últimas obras, el *Dictionnaire critique* (*Diccionario crítico*) y las *Reponses aux questions d'un provincial* (*Respuestas á las preguntas de un provincial*), vuelve Bayle á una filosofía menos actual, pero no menos atrevida. El *Diccionario* prosigue indudablemente aquella propaganda de escepticismo de la que él espera que nacerán más tarde frutos de tolerancia. Desde la primera hasta la última letra del alfabeto, á propósito de los personajes y de las cosas más insignificantes y en una forma unas veces grave y otras licenciosa, pero siempre con una dialéctica sutil y una erudición abundante, insintía incesantemente la idea de que la verdad «es la desesperación de la historia tanto como es» ó debiera ser «la de la filosofía.» Todo conspira á desnaturalizar el relato y la transmisión de los hechos: intereses, pasiones, preocupaciones individuales ó sociales, patriotismo y religión: «Se arregla la historia como las viandas en las cocinas, y una misma cosa se prepara en tantos guisados diferentes como países hay en el mundo;» y los textos más autorizados están plagados de errores, de ignorancias, de mentiras. A medida que Bayle envejece, su escepticismo se hace más agresivo y más concreto; y ya no se limita á de-

(1) Véase pág. 523.

nunciar como indignos del crédito que se les concede á Herodoto, Plutarco y Plinio el Viejo, sino que arremete contra los libros sagrados del cristianismo. Ya en las *Noticias de la República de las Letras* habíase atrevido á hacer notar, á propósito del Pentateuco, que «por la manera como Moisés relata la tentación del primer hombre se ve claramente que su intención no fué que supiésemos cómo la cosa había sucedido;» y en el *Diccionario crítico*, destruye con esa misma irreverente ironía muchas historias del Antiguo Testamento, y niega el valor moral de éstas tanto como su valor racional. De día en día se aleja más de los apologistas filósofos que, desde Pedro Charrón hasta Malebranche, pretendían demostrar la armonía entre la razón y la fe, y en contra de esta tendencia se empeña en demostrar que el único recurso de los creyentes es el *Credo quid absurdum* y que existe tanta incompatibilidad entre la fe y la conciencia como entre la ciencia y la fe.

Y aún iba más lejos, aplicando á los dogmas espiritualistas el mismo despreciativo respeto que á las tradiciones de la religión revelada: «Cabe poner en duda las pruebas de un principio sin lastimar el principio mismo;» y escudado en esta precaución discutía las pruebas de la idea de Dios sin discutir la existencia de Dios. El problema de las relaciones de Dios con la humanidad, que tanto había preocupado durante todo el siglo XVII á los pensadores católicos y á los protestantes, Bayle lo escrutaba, á su vez, y apelando á los mismos rodeos que éstos. Reunía todas las objeciones antiguas y modernas formuladas contra la idea de la Providencia y, apoyándose en la historia, demostraba que ésta es «una silla buena para todos los caballos,» un postulado cómodo del cual «se sirven todas las sectas» para atribuir cada una á Dios designios contrarios. Y amparándose en la filosofía, demostraba también que la hipótesis de los dualistas de la Edad Media, es decir, la coexistencia maniquea del Diablo y de Dios, era la respuesta más plausible á la objeción del mal físico y moral, del mismo modo que la hipótesis atomista de los epicúreos podía substituir con ventaja las imposibilidades lógicas de la creación. La filosofía de Bayle iba suave, pero seguramente, del escepticismo al ateísmo.

Ahora bien; no faltaban seguramente protestas contra esas afirmaciones, abiertamente subversivas en Bayle é inconscientemente disolventes en Malebranche, del edificio cristiano y espiritualista terminado por el siglo que tocaba á su fin. Contra Malebranche batallan más ó menos vigorosamente Arnauld, Bossuet, Fenelón y el mismo Leibniz, embarazados por el candor del hombre y por la simpatía que éste les inspira. Roma condena, en 1690, el *Traité de la Nature et de la Grâce* (*Tratado de la Naturaleza y de la Gracia*) y en 1709, la *Morale* (*Moral*), los *Entretiens métaphysiques* (*Pláticas metafísicas*) y la *Recherche de la Vérité* (*Investigación de la Verdad*). No menos reprobado es Bayle dentro del protestantismo: Leibniz, aunque aparenta desdeñarlo, lo comprende demasiado bien para no honrarle, en 1695, con una refutación; y los célebres doctores ortodoxos del Refugio de Holanda, Jacquilot, La Placette, el mismo Jurieu y Basnage, lo denuncian como «patroño de los libertinos.»

Mas todo es inútil; entre Arnauld, cartesiano moderado, y Malebranche, cartesiano radical, la joven filoso-